

## **Clemens Setz**

Del libro: *Die Liebe zur Zeit des Mahlstädter Kindes* (El amor en los tiempos del niño de Mahlstadt). Relatos. Editorial Suhrkamp, Francfort del Meno.  
Premio alemán del Libro de la Feria de Leipzig 2011

## **Vidrio lechoso**

Traducción del alemán (pág. 9 a 16)

*Il ragazzo non osa guardarsi nel buio,  
ma sa bene che deve affogarsi nel sole  
e abituarsi agli sguardi del cielo, per crescere un uomo.*  
Cesare Pavese

Eran tantas como olas en el mar, y estaban en todas partes y omnipresentes, las zonas grises de tristeza, locura y soledad de los objetos, edificios y situaciones: garajes abiertos y siempre la misma mancha de aceite en el suelo, cubos rebosantes de basura, perros con tres patas o aún más terrible, paradas de autobuses como si uno estuviera encadenado a cielo abierto; además, algunos objetos en particular, cubiertos deformados, mitones con bordes parduzcos y desgastados, granos de gravilla de invierno flotando en las huellas mojadas de los zapatos en el suelo de la cocina, cabinas telefónicas completamente quemadas, arbustos que huelen a orina y que, sin embargo, están habitados por cientos de gorriones, colores desteñidos de la propia ropa de verano a la luz crepuscular de la escalera de una casa en cuyos entresijos a media luz hay pequeños objetos parecidos a pilas bautismales, sin indicación alguna de sentido o finalidad; la terrible y total melancolía y abandono de un andén, la mirada que va y viene: a la izquierda, vías sin fin, a la derecha, lo mismo, y el vano intento de aferrarse a la falda de la madre ante este infinito sin salida con el que vuelves a enfrentarte al día siguiente en forma más inofensiva, en la escuela, como a una recta numérica.

Y los planetas nocturnos Marte y Venus, con sus ramales cual tentáculos al parpadear: pequeños insectos de ámbar sobre los techos de la ciudad.

Prácticamente yo no dormía seguido de noche desde que Bernd, mi hermano, se había mudado. Antes, me tranquilizaban sus ronquidos, sus murmullos mientras dormía, sus movimientos lentos y uniformes como los de una masa al leudar.

Tenía pesadillas todas las noches: pasillos largos e inclementes en los cuales había que luchar con diferentes grados de inmovilidad; puertas cerradas con llave y letreros en lenguas extranjeras; mi madre que no me reconoce y que le pide a mi hermano que me muestre dónde está la salida; carreras persiguiéndonos en nuestro sótano, donde hay basura nuclear almacenada; un animal agonizando oculto en uno de los paraguas negros al que es imposible ahuyentar; hielo rojizo que se rompe al patinar; maquillaje para clowns que ya no se puede sacar. Y en cada sueño, prácticamente, volvía a encontrarme con una llama azul que ascendía de repente, surgiendo de mi reloj pulsera, de un trozo de pan, de la baranda de una escalera que se disolvía en ese momento y me dejaba caer en el río, de carteras, de cucuruchos de helado, de ladrillos lego, de ojos extraños. Yo odiaba la llama azul; lo más terrible era su color, ese tono de azul que de día yo no alcanzaba a ver en ninguna parte. Tampoco era posible pintarlo con lápices de colores sobre papel: los matices disponibles en la caja de dibujo marca Pelikan eran insuficientes. Intenté darle un nombre a la llama para que dejara de atosigarme, pero de nada sirvió.

A las pesadillas se sumaban mis dificultades para dormir. Mis miembros simplemente no querían tranquilizarse. Los dedos permanecían despiertos hasta muy tarde por la noche y se movían, dos arañas nerviosas, sobre la colcha de la cama. Además, durante toda la noche oía a mis padres caminando por la casa, cambiando muebles de lugar, hablando, susurrando. Muchas veces, al desvelarme con sus ruidos durante un tiempo largo y penoso, fui hasta donde estaban, pero siempre los encontraba sentados en la cocina o en el living, perplejos, confusos, sorprendidos de verme levantado tan tarde todavía, y trataban de convencerme de volver a la cama.

Su comportamiento me resultaba inexplicable. ¿De qué tenían siempre

que hablar? En las conversaciones durante la cena en común, no dejaban que se notara nada. Lo extraño era que empezaban a susurrar y a hablar a medianoche, cuando yo todavía estaba en plena lucha con el miedo de volver a permanecer despierto toda la noche.

Cuando no había realmente nada más que me ayudara, yo sacaba la caja azul de debajo de mi cama.

Los niños en el parque son como si los hubieran echado a la calle, corren para todos lados como si estuvieran buscando un refugio para pasar la noche. Al que permanecía demasiado tiempo en el mismo lugar, lo molestaban los mendigos, que luchaban con un hilo de saliva en la barbilla, o movían una mano en su pantalón como si quisieran imitar un corazón latiendo. En ese caso quedaban sólo dos posibilidades: pedir ayuda o luchar. En nuestras mentes, la mayoría de las veces nos decidíamos por la lucha, para que nadie notara que en nuestras voces se mezclaban las lágrimas ya.

No creíamos en nada. Hablábamos sin cesar de bandas, de irnos de nuestras casas, de emboscadas y asaltos, de aprender un arte marcial difícil, e incluso, de seducir a una niña. De alguna manera estaba todo relacionado.

Era, en cierto modo, la situación más extraña, el asunto más enigmático: un mundo, en el que había *chicas*, chicas de las cuales estábamos separados durante las clases de gimnasia, que tenían voces más agudas y que se comunicaban entre sí con un código secreto con siglos de existencia, que era vigilado de forma muy estricta y severa. Cada intento de forzar ese código con violencia conducía a una catástrofe —lágrimas, gritos, maestros y padres que aludían a las diferencias entre los sexos y nos llevaban por la fuerza a alguna parte cogidos de las muñecas.

Por algún motivo muy extraño, era precisamente la inferioridad física de las chicas, que se nos señalaba continuamente: sus brazos y piernas más débiles, lo que de verdad nos daba rabia: parecía ser una burla de nuestros propios cuerpos. Hubiéramos dado cualquier cosa, pagado mucho por estar al menos

cinco minutos a solas con una chica, a solas en una habitación cerrada, a solas y sin consecuencias.

No había manera de que nos tranquilizáramos.

Durante varias horas de clase pensé cuán maravilloso sería transformar en estatua a una chica —con preferencia una de las de primera fila, una de esas chicas con lentes y larga cola de caballo—, no en una estatua de piedra, tan solo que no fuera capaz de moverse, y que se mantuviera con los ojos cerrados y sin ropa. ¡Todo lo que uno podría hacer con chicas así! Todo, simplemente todo; debido a la excitación que ese pensamiento me provocaba, no se me ocurría nada original para contarle a mis amigos. Ellos, como yo, estaban hambrientos de historias de este tipo, de esas visiones inquietantes que uno de nosotros había tenido una noche, y que al día siguiente describía delante del edificio de la escuela; esas fantasías horribles, mezcla de deseos cumplidos y tesoros robados. Mi corazón se convertía una y otra vez en un libro con páginas volando siempre que uno de nosotros contaba algo nuevo, un episodio, una ocurrencia, instrucciones de juego o de tortura; y por supuesto, cada uno debía sobrepasar al otro, y de esa manera caíamos en oscuras improvisaciones de gran vuelo que nos perseguían durante días si conseguíamos elaborarlas bien.

—Laura... con su larga cola de caballo (¡cómo resonaba esta última sílaba!) ... si se arrodillara... como un perro... y entonces uno simplemente le agarrara los pelos y se los metiera entre sus nalgas, que se limpie el culo con su trenza.

...

—O anudas los pelos así, mira, así ...

—¡Y entonces se los metes dentro!

Y la mala palabra, que podía significar *entrar*\* al mismo tiempo en otra vida, o sea, limpio, sin manchas, se disolvía salada sobre la lengua.

El hecho de que a las chicas no les interesábamos en absoluto y que no parecían conversar ni en lo más mínimo de la misma manera sobre nosotros,

\*N. de T.: Juego de palabras en alemán con *rein*, que significa al mismo tiempo puro y entrar/dentro

nos alentaba a realizar pruebas de vuelo cada vez más intrépidas.

El único sitio en el que no había lugares fijos para niños y niñas era la iglesia.

Allí todo giraba en torno a que sólo se podía llegar hasta un determinado lugar y no más en el edificio enorme y casi sin personas. Hasta el altar y no más lejos. No, hasta los peldaños delante del altar. Y tampoco a la sacristía, no sin vigilancia.

Nuestros pasos tenían ecos largos: *Doch ... Doch ... Dochchch ...*\*

En aquel entonces habíamos recibido la Primera Comunión del Padre Johann, un extraño martirio de artesanías y velas rituales que ocupaban mis sueños durante meses. Y todas las chicas de blanco. Pronunciar oraciones en voz alta. El transcurso de la misa, como las estrofas de un verso aprendido de memoria. La extraña palabra súplica. Larga fila de niñas y niños con velas en la mano. El fotógrafo sudando en el pequeño estacionamiento de la comunidad.

A mí me gustaba ir a misa porque allí podía encontrarme con muchos de mis antiguos compañeros de escuela. Los niños del instituto al que yo asistía desde hacía medio año todavía me eran desconocidos, y era poco probable que logaran el milagro de convertirse en mis amigos.

El día en que recibí durante la Comunión la oblea blanca de papel que contenía partes del Salvador, que no tenía gusto a nada pero que no tragué, le pegué a alguien por primera vez. A Michael.

—El cuerpo de Cristo— dijo el Padre Johann, y luego hizo aquello tremendo que ya había hecho otras veces, algo que me electrizaba y que me hacía casi desmayar: me colocó la pequeña hostia blanca sobre la lengua. De golpe me di cuenta de que yo había abierto la boca por voluntad propia, lo que me confundía y me provocaba aun más. Entonces recordé que sólo había sucedido lo que con anterioridad me había sido explicado larga y detalladamente.

\* N. de T.: *Doch* se pronuncia “doj” en alemán, y significa: sí o sin embargo.

Si uno no prestaba atención, la hostia permanecía pegada al paladar y se convertía en un puré blanco y espeso. Pero nosotros teníamos cuidado.

Era muy simple. Sólo era necesario correr durante media hora antes con la boca abierta, al viento, con la chaqueta abierta, en el parque o delante de la iglesia. Si no era posible, había que inspirar y expirar silbando, como si se estuviera resfriado. Con la garganta reseca se esperaba la misa y luego se recibía —qué escalofrío tan particular me asaltaba cada vez con esta palabra— la comunión, la oblea blanca. Ésta se pegaba de inmediato en la parte interna de la boca, y uno podía llevarla afuera, sacarla sin peligro y mostrarla a los amigos que estaban con sus padres delante de la iglesia, en el sendero de piedras, justo al lado de un estacionamiento para bicicletas en desorden.

Por encima del altar, muy arriba, había una ventana redonda y blanca de vidrio lechoso opaco que yo siempre miraba fijo cuando *recibía*. Era igual de redonda y blanca que la hostia en mi boca, y la distancia entre yo y la ventana en las alturas se reducía casi totalmente cuando la versión más pequeña, la hostia, se pegaba a mi paladar. Como una cuerda que se tensa entre dos puntos lejanos. La ventana era uno de los pocos objetos que tenían un efecto indiscutiblemente sagrado en mí, similar a la visión de una flor putrefacta, a la propia piel bajo un cristal de gran aumento, a los peces muertos en el mercado con sus ojos fijos por el susto.

En el estacionamiento de la iglesia, con un par de amigos, abría mi boca y les mostraba la hostia intacta.

—Dame...

—¡Déjame!

Michael me metió los dedos con olor a saliva en el rostro, en los labios. Yo me defendí. Él volvió a acercarse tambaleando, tonto y juguetón. Yo le di con mi puño en el estómago, y mientras se doblaba le pegué en el cuello. Los amigos se alejaron de nosotros.

La madre de Michael nos había visto, y corrió a ayudar a su hijo. Escupió algunos regaños en mi dirección y luego le arrastró de la muñeca. Él se dejó llevar como un ciego, totalmente ofuscado por la noción de que su cuerpo era capaz de sentir dolor.

Yo permanecí allí, y empecé a masticar, excitado.

**Traducción:** Ilana Marx (ilana@adinet.com.uy)